

# **Reflexiones sobre una sensibilidad de época: la imaginación científica en la literatura y el periodismo (1898-1910).**

Quereilhac y Soledad.

Cita:

Quereilhac y Soledad (2013). *Reflexiones sobre una sensibilidad de época: la imaginación científica en la literatura y el periodismo (1898-1910)*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/992>

**XIV Jornadas  
Interescuelas/Departamentos de Historia  
2 al 5 de octubre de 2013**

**ORGANIZA:**

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 115

Título de la Mesa Temática: Historia, medios y sociedad. Argentina desde fines de siglo  
xix hasta la actualidad.

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Juárez, Laura; Rey, Ana Lía; Roman,  
Claudia.

**REFLEXIONES SOBRE UNA SENSIBILIDAD DE ÉPOCA:  
LA IMAGINACIÓN CIENTÍFICA EN LA LITERATURA Y EL PERIODISMO  
(1898-1910)**

*Quereilhac, Soledad*  
*UBA – CONICET*  
*solquerei@gmail.com*

Durante los años de entre-siglos, surgieron en el Río de la Plata las primeras “fantasías científicas” de la literatura, fantasías que adoptaron la forma del relato fantástico y que se dieron a conocer, inicialmente, en las páginas de diarios y revistas. Las “fantasías científicas” de Holmberg, Lugones y Quiroga, con sus esperables diferencias, construyeron variaciones narrativas sobre un perturbador *oxímoron* de época: el de lo espiritual-material, esto es, la esperanza tanto de ciertos sectores del campo científico como del ocultismo, de que la investigación científica permitiera, finalmente, aprehender la composición material del espíritu. Lejos de representar meras manifestaciones de una ocurrencia individual, estos relatos fueron la reelaboración literaria de las discusiones acerca de las ciencias y sus alcances, que incorporó tanto el registro de la divulgación periodística como el de las representaciones populares para dar forma narrativa al horizonte más proyectivo que contenían, en latencia, esos discursos. El amplio espectro de enunciados sociales incorporados (de la ciencia, la magia, el ocultismo, el periodismo) aparecieron en el relato fantástico imbricados en una ya irreversible operación de préstamo, subversión y reescritura, que dio como resultado un universo ficticio que remitía, no obstante, de manera verosímil, a posibles sucesos en una Buenos Aires “real”. Se trató, en resumen, de la invención de un original *ideologema* (Jameson, 1989) que explotó la potencialidad fantástica con que estos tópicos impactaban en lo que podríamos llamar la “sensibilidad de la época”.

Atenta a las relaciones entre literatura y periodismo, me interesa, en esta oportunidad, consignar la llamativa coincidencia entre los argumentos de muchos relatos fantásticos y los artículos periodísticos que divulgaban “casos raros” y episodios curiosos de las ciencias en *Caras y Cartas*, *La Prensa*, *La Nación*, pero también en revistas del espiritualismo “ocultista” como *Constancia* (espiritista) y *Philadelphia* (teosófica). Estas coincidencias no se produjeron en forma aislada, sino que, por el contrario, se trató de un fenómeno frecuente y sistemático a lo largo de tres décadas; y más intensamente, aún, en el *período* acotado por este trabajo: 1898-1910. Antes que buscar, en cada caso, la reconstrucción de una intertextualidad manifiesta o voluntaria

(tarea quimérica y acaso errada en sus presupuestos), me interesa analizar cómo dos tipos de discurso –el literario, el periodístico- arribaron a nudos imaginarios comunes y a perspectivas que tendían a “maravillar” el acontecimiento novedoso en materia científica, guiados ambos por una misma “estructura de sentimiento” (Williams, 1997) respecto de qué era *lo científico* en la época.

El cotejo, insisto, no busca una reconstrucción propia de la crítica genética de los cuentos, ni tampoco enfatizar en cuánto hay de ficción en el discurso periodístico; por el contrario, me interesa pensar esta confluencia de temas y formas a la luz de una imaginación de época, esto es, a la luz de ese imaginario social mayor donde convivieron diferentes representaciones sobre ese amplio terreno llamado “conocimiento secular del mundo”, atravesado en esa época por el cientificismo, y cuyos “clímax” llegaban con la divulgación de un “descubrimiento”. Ambos, el periodismo de divulgación y las fantasías científicas de la literatura, tradujeron un horizonte común de recepción de los resultados de las ciencias, desde el punto de vista de los profanos; en todo caso, donde leo las diferencias específicas, es decir, aquellas que hacen de los cuentos textos *literarios*, es no sólo en su mayor elaboración estilística, en la presencia de procedimientos y en la evidenciación de una subjetividad (que narra o es narrada), sino principalmente en la reelaboración de sus referentes culturales: la literatura suele extremar, con hipérbolos o superposiciones, las tensiones en torno de “lo científico”, suele concebir figuras de síntesis inahallables en la serie histórica y sobre todo, busca una revisión de lo conocido a través del “extrañamiento”. Se trata de uno de los momentos de la literatura argentina en que lo fantástico estuvo en su más estrecha cercanía con lo real, acaso porque el estado de la cuestión científica, a nivel general, se prestó como nunca a la especulación profana.

Una observación pionera sobre estas estrechas relaciones entre cierto material de prensa y el relato fantástico fue la que en 1966 publicó Alfredo Veiravé en el diario *La Prensa*, en el cual exhumaba una curiosa noticia aparecida en 1880 en ese mismo diario, titulada “Un caso raro”, y que narraba una historia llamativamente similar al relato “El almohadón de plumas” (1907) de Horacio Quiroga (Veiravé, 1966; 1976). Con algunas diferencias en la trama y con procedimientos propios de la literatura, Quiroga había concebido la misma historia fantástica que un diario de Buenos Aires consideró una “noticia” digna de ser publicada. Sin arriesgar demasiadas respuestas, Veiravé dejó constancia, con todo, de esta confluencia de argumentos comunes entre la literatura y el periodismo, señalando con ello el espectro de realidad que podía velar, inesperadamente, detrás de una fantasía. La pregunta que dejaba abierta su insólito hallazgo era si en la época habrían existido otros cruces entre las fantasías del

periodismo y las de la literatura, sobre todo con esos tintes “cientificistas” propios del “caso raro” de la biología, como era el del extraño bicho-vampiro de la almohada. Y en efecto, el relevo de varias publicaciones de época demostró que el caso de “El almohadón de plumas” fue uno entre decenas.

También, debe señalarse que estas coincidencias entre el periodismo y la literatura adquieren mayor peso si se tiene en cuenta que buena parte del corpus que se considera aquí fue publicado originalmente (y en algunos casos, exclusivamente) en medios de prensa de la época. Holmberg publicó sus primeros relatos en los diarios *El Nacional*, *La Crónica* y *La Nación*, revistas como *La Ondina del Plata* y posteriormente *Caras y Caretas* y *Fray Mocho*, entre otras (Marún, 2002). Lugones dio a conocer ocho de los doce relatos de *Las fuerzas extrañas* en medios de prensa: dos en *El Tiempo*, cuatro en *Tribuna*, uno en *El Diario* y uno en la revista teosófica *Philadelphia*; asimismo, publicó otras decenas de relatos no incluidos en libro en *Caras y Caretas* (García Ramos, 1996; Barcia, 1982, 1998). Horacio Quiroga publicó la mayoría de sus cuentos breves y folletines en *Caras y Caretas*, *Fray Mocho*, *La Prensa*, *La Nación*, entre otros periódicos y revistas, actividad que además constituyó durante muchos años parte de su ingreso económico (Quiroga 1993, 2007). La lectura original de buena parte de estos relatos era realizada, entonces, en contigüidad con otros contenidos del mismo medio de prensa, y aquellos lectores receptores de la perspectiva “maravillada” con que los redactores presentaban los nuevos descubrimientos y acontecimientos científicos eran los mismos que leían estos breves relatos fantásticos.

### **Horacio Quiroga: el *pathos* de la noticia**

Muchos relatos de Horacio Quiroga –puntualmente aquellos de orientación científicista y/o científico-ocultista- presentan notables similitudes, incluso coincidencias casi literales, con otros artículos publicados en la misma revista donde dio a conocer gran parte de sus cuentos: *Caras y Caretas*. Así, por ejemplo, el 30 de junio de 1900, leemos en ese semanario, bajo el título “Otra víctima de la ciencia”, sobre la muerte de un joven practicante del Hospital San Roque: “Haciendo estudios de disección en un cadáver tuvo la desgracia de herirse con un bisturí y producirse una infección de carácter tan violento que concluyó con su vida, a pesar de todos los cuidados de la ciencia.” (CyC, n° 91).<sup>1</sup> El hecho aparece con iguales características en el relato “Mi cuarta septicemia (Memorias de un estreptococo)”, publicado en 1906, con la

---

<sup>1</sup> De ahora en adelante, se consignará el nombre del semanario *Caras y Caretas* abreviado y el número del ejemplar. Asimismo, se utilizará la abreviatura (LN) para *La Nación*. El resto de la información bibliográfica consta en el listado final.

diferencia de que quien narra en este caso es la propia bacteria, que infectará junto con toda su colonia al estudiante de medicina: “Cuando se rasgó la mano en la vértebra de nuestro muerto en disección [...] no se dio cuenta.” (CyC, n° 398)

Concebido con una alocada mixtura del lenguaje del crimen y de la bacteriología, el relato se publicó, además, acompañado por una ilustración de Cao que, a diferencia de otras, desbordaba sus diseños sobre el texto del cuento, emulando el fenómeno multiplicador de una infección. El protagonismo gráfico de las bacterias recuerda otra nota de *Caras y Caretas*, de 1899, en la cual –desde el privilegiado espacio de la portada- se anunciaba que los doctores Méndez e Ibáñez habían logrado aislar el microbio de la fiebre amarilla; cuatro grandes fotograbados reproducían la forma del microbio, tal como se lo había identificado a través del microscopio (CyC, n° 37). La indudable eficacia de ofrecer la imagen de esa bacteria se debía, en parte, a que se corría el velo de algo anteriormente oculto para los sentidos. Formas de vida muy pequeña, que vivían alrededor de los lectores pero que no podían ser percibidas a simple vista, eran ahora visibles gracias a la tecnología; la fotografía que acompañaba la nota era, además, irrefutable testimonio de veracidad, prueba de la realidad de esos seres. Pocos años más tarde, el tipo de ilustración que Cao hace del relato de Quiroga está en línea con el efectismo de hacer visibles estos cuerpos tan pequeños, pero también agrega un plus de terror, acaso de cierta ferocidad, al representar a los patógenos como ratas mordedoras. Es decir, interpela al lector recurriendo a la aún vigente novedad de exhibir lo invisible, pero le agrega un componente macabro, que se desprende del texto de Quiroga. Cao dibuja en sintonía con la locura y la muerte que el escritor siempre endosaba a los fenómenos naturales.

Un año más tarde, Quiroga publica “La ausencia de Mercedes” (CyC, n° 477), con ilustración de Hohmann; se trata de la historia de un hombre de apellido “Mercedes”, regordete “como las mujeres”, célibe y obediente en el trabajo, que padece sin saberlo una larga “ausencia” de conciencia, durante la cual se convierte en otra persona. Su último recuerdo es haber salido a caminar por Callao y Santa Fe, luego de tomar un café, en marzo de 1902; de pronto, se halla un junio de 1906, casado con una bella mujer y padre de un hijo. El relato arriesga hipótesis médicas sobre su ausencia y en efecto, quien resuelve el enigma es un doctor amigo. Llama la atención el singular parecido de la anécdota con el artículo “Un caso de doble personalidad”, aparecido en *Constancia* un año más tarde, aunque se trata de la transcripción de un diario norteamericano:

Se nos escribe desde Nueva York diciendo: los psicólogos norteamericanos están vivamente interesados por un notable caso de doble personalidad. Se trata de un sastre afortunado, Ch. P. Baldwin, (...) quien desapareció hace cuatro años sin dejar trazas de sí (...) a pesar de todas las investigaciones que se hicieron. Recientemente se le encontró en Clairfield, donde trabaja de simple aprendiz, a tanto por día, y pretendía llamarse Fr. G. Johnson. Había olvidado toda su existencia anterior. Cuando sus amigos le encontraron, cayó en un estado de gran perplejidad y se durmió enseguida profundamente. Al despertar, había olvidado su vida cuatro años en calidad de Johnson, reconoció a su mujer y a sus amigos. (...) El profesor Hyslop [de la Universidad de Columbia] considera este caso como uno de los más claros y más salientes entre los numerosos fenómenos de doble existencia que ha registrado la ciencia. (*Constancia*, 13/12/1908)

Tanto en la noticia como en el relato, lo que impacta es la lógica del “caso singular” y la supuesta imprevisibilidad de nuestra conciencia, de los fenómenos de la psiquis. En Quiroga, se busca además un efecto pícaro, dado que quien se consideraba célibe y casto, despierta a una vida de sexualidad plena (la ilustración lo muestra sonrojado), mientras que en la noticia predomina solamente el aspecto asombroso. No obstante, en ambos, hay apelaciones a la medicina, a la ciencia y a los desafíos que éstas tenían en la época frente a los supuestos poderes de la mente.

Más tarde, en 1910, Quiroga dio a conocer su relato “El retrato”, en *Caras y Caretas* (nº 639), relato precursor de “El vampiro”, publicado en *La Nación* en 1927. En ese primer relato, se contaba la historia de un joven científico inglés que, convencido de que las imágenes mentales podían transmitirse por el espacio y llegar a impresionar una placa fotográfica, había experimentado con el recuerdo de su novia muerta; el científico lograba recuperar su retrato fijando su imagen mentalmente sobre una superficie impresionable. El relato termina cuando el joven comienza a olvidar a su novia, deja de amarla, y por tanto su retrato se vuelve cada vez más difuso; finalmente, su ayudante de laboratorio se enamora de ese espectro y es él quien vuelve a ensayar el experimento con igual éxito. Además de contener expresos reenvíos a la cultura contemporánea de los lectores del semanario (mención de los científicos Lord Kelvin y Gustave Le Bon, la inclusión de una frase verosimilizadora de la fantasía: “en esos días leí que en Estados Unidos el experimento se había hecho ya”), el relato presenta asombrosas similitudes con una nota anterior, de 1907, sobre los supuestos efectos de los rayos N y N1, titulada “La última maravilla científica”. La nota se publicó en *Caras*

y *Caretas* sin firma, y no sería arriesgado especular que su autor fuera el mismo Quiroga; cabe recordar que en su correspondencia de ese mismo año, le dice a su amigo Fernández Saldaña: “[...] en *Caras y Caretas* me han hablado efusivamente, pidiéndome mucho más frecuente colaboración. El 3 llevé un cuento, ayer otro [...]. A más, pídenme notas para ilustración callejera, tipo “Hipnotismo”, “Curiosidades del Zoo”, etc.” (Quiroga, 2007: pp. 140-150). Con todo, los artículos sobre los rayos N – rayos “descubiertos” por René Bondot, cuyo carácter apócrifo se comprobó justamente en 1907 (Capanna, 2010)- eran muy frecuentes en la época, dado que se trataba de la supuesta radiación que emitía el cuerpo humano y ello se prestaba a grandes especulaciones. La revista espiritista *Constancia* había dedicado varias notas al tema, en 1904, y la revista teosófica *La Verdad* también había incluido en sus páginas algunos artículos traducidos de los *Annales des Sciences Psychiques* de París.<sup>2</sup> Por su parte, *La Nación* venía informando, también, desde 1896, sobre el descubrimiento de los rayos X en Alemania y de los pioneros experimentos en Buenos Aires, sobre los rayos catódicos del físico (y espiritista) William Crookes, así como sobre los rayos llamados “Becquerel”, luego rebautizados por el matrimonio Curie como “radioactividad”. (*LN*, 18/10/1897; *LN*, 9/10/1901). De modo que, si bien la cuestión de los rayos N en particular y de la radiación en general era un tema divulgado en varios medios, la similitud entre la nota anónima de *Caras y Caretas* y el cuento de Quiroga es casi literal. La primera termina así:

Repitió la prueba veinte veces y otras tantas obtuvo la fotografía cerebral de su novia. (...) Desgraciadamente, esta murió. En los primeros tiempos de desesperación amorosa, retrató día a día a su novia por medio de la atenta evocación de ésta: la imagen tenía aún más vida que antes. Poco a poco fue prolongando las fechas, y un día en que después de cierto tiempo se acordó de retratar a su novia, notó algo anormal en sus ojos, como una falta de transparencia. (...) Y Rogus comprendió claramente que ya había dejado de quererla. (CyC, nº 469)

Igual desenlace posee el relato, igual nudo argumental.

Si bien en este caso es posible especular con la eventual autoría de Quiroga, no es el vínculo expreso entre las fantasías periodísticas y las literarias el rasgo de define el

---

<sup>2</sup> “Los rayos N”, *Constancia*, Buenos Aires, 5 de junio de 1904; “Rayos N”, *Constancia*, Buenos Aires, 13 de marzo de 1904; Lob nor, *La Verdad*, Buenos Aires, 1 de diciembre de 1905; “Rayos N” (de *Annales des Sciences Psychiques*), *La Verdad*, Buenos Aires, 1 de abril de 1906.



fenómeno. Acaso el mejor ejemplo lo constituya la serie de relatos tanto de Quiroga como de Lugones que recuperan la figura del mono en clave fantástica –con el perturbador cruce entre ocultismo y evolucionismo, o entre animalidad y humanidad-<sup>3</sup> y la serie de artículos que a lo largo de la década del 10 han aparecido en *Caras y Caretas*, que explotaban en clave vulgarizada las implicancias de la teoría de la evolución darwineana en lo relativo a nuestro “parentesco” ancestral con los monos. No podría afirmarse que ninguna nota “copia” el argumento de un cuento, ni que algún relato sea la variación de una fuente periodística. En todo caso, sí parecer ser más convincente detectar que en esas coincidencias habla el impacto social, generalizado, de un imaginario científico, un imaginario que al interactuar con discursos no científicos, ha incentivado la proyección hacia la maravilla, tanto metafórica como literal. Notas como “Una comprobación de la Teoría de Darwin” (CyC, n° 145), “Un chimpancé gentleman” (CyC, n° 267), o “Los antepasados ilustres de Zuzí Bamboua” (CyC, n° 530) –en la que se aseguraba que había nacido un mono sin pelo, hijo de una mujer africana y un simio- no hacían más que proyectar, en clave periodística, las implicancias “maravillantes” de la constante transformación de presupuestos que provocaban las ciencias del período. En efecto, aún con el lenguaje de la divulgación, en *Caras y Caretas* se daba una certera definición de cuánto habían provocado las ciencias las fantasías de todo tipo; en una de las notas anteriormente citadas, leemos:

Aceptando pues que la humanidad ha creído en todos los tiempos en la existencia de seres imposibles, y que ellos sean una invención de continuo necesaria, no tenemos por qué sorprendernos ante el gracioso momento que nos están proporcionando algunos sabios franceses y entre ellos el célebre biólogo Metschnikoff, al discutir la posibilidad de que un pobre mono nacido sin pelo pueda o no ser hijo de la negra que lo criaba y de un distinguido gorila cuyo paradero se ignora. La ciencia, como vemos, también tiene sus horas de diversión. Vuelve de tiempo en tiempo a recordar sus días de la infancia, complaciéndose en espantarnos con seres que hoy sólo tienen la virtud de hacernos reír.” (CyC, n° 530)

Si bien *Caras y Caretas* no era ajena a estos desvíos (se trata del mismo semanario que poco tiempo antes había publicado, por ejemplo, “El hombre mono, descubierto” (CyC, n° 453) con ilustración y todo), enunciaba sintéticamente una de las caras del fenómeno: la reunión de ciencia y ficción. Con todo, no es posible considerar una de estas caras sin

---

<sup>3</sup> De Lugones, “Izur” y “Un fenómeno inexplicable”; de Quiroga, “El mono que asesinó”, “El mono ahorcado” e “Historia de Estilicón”.

la otra: si el caso de Zizí Bamboula hace reír, no otra cosa hubiera provocado la sola mención de rayos que atraviesan cuerpos opacos, apenas unas décadas antes. Y ese fenómeno no se convirtió en material de la magia, sino que se verificó como fenómeno científico.

Quiroga fue uno de los escritores del período más atento a la potencialidad fantástica del imaginario científico de su tiempo; sin una específica formación en ciencias como Holmberg, y sin adherencia formal a los ocultismos de esos años como Lugones, Quiroga se concentró en las proyecciones propiamente narrativas que permitía la reunión de los aleatorios elementos de “lo científico” vulgarizado en diarios y revistas. Él mismo convertido en improvisado divulgador, tal como confiesa en su correspondencia, muestra las dos caras del fenómeno, que a veces parecen una: redactor de artículos, autor de cuentos, desde ambas funciones parte de un estado de la cuestión y proyecta, de inmediato, la maravilla posible.

### **Eduardo L. Holmberg: usos literarios del espiritismo**

Ahora bien, Quiroga no es el único autor en cuya literatura es posible rastrear estas confluencias. Eduardo Holmberg, cuyos primeros relatos datan de 1875, también ha trabajado sobre un horizonte fantástico que excede la invención individual y que posee fuertes lazos con una imaginación científicista de época. Si nos concentramos en apenas dos relatos de fines de la década del noventa, “La casa endiablada” y “Nelly”, veremos no sólo la expresa inclusión del discurso del periodismo en la trama ficcional (sobre todo en “La casa endiablada”, donde las crónicas del diario narran parte de la acción), sino además estrechos vínculos con la forma en que diarios y revistas divulgaban casos raros de las ciencias naturales y, también, con esa particular contigüidad de época, de las ciencias ocultas. Cabe recordar que tanto “Nelly” como “La casa endiablada” se dieron a conocer inicialmente en periódicos: el primero, se publicó por entregas en el diario *La Prensa*; mientras que en la revista de letras *La Quincena* se publicaron dos adelantos del segundo.

“Nelly” (1896) es una *nouvelle* que narra el caso de una mujer que padece “histerismo telepático”, que tiene la habilidad de comunicarse con su esposo a la distancia y enterarse de sus infidelidades; una vez muerta, Nelly tiene también la capacidad de regresar como fantasma, fenómeno que es corroborado empíricamente por varios personajes mediante nada menos que un termómetro y el contacto con partes de su cuerpo. Todas estas construcciones científico-ocultistas hallan sus correspondencias periodísticas en esos años.

En la revista espiritista *Constancia* aparecieron con frecuencia artículos que reseñaban casos de telepatía, y llama la atención el hecho de que –al igual que en “Nelly”– gran parte de los casos provenían de Inglaterra, donde, cabe recordar, el desarrollo del espiritismo moderno era ciertamente mayor que en la Argentina. Tanto en “Hechos telepáticos” (*Constancia*, 2/9/1906), donde se reseña la aparición de un coronel inglés ante su esposa, instantes antes de morir en un lejano campo de batalla, como en “Manifestación a distancia del espíritu de los vivos” (*Constancia*, 13/5/1906), escrito por el químico y espiritista Ovidio Rebaudi, se concibe al pensamiento con características “físicas”, capaz de actuar en el mundo tangible como si se tratase de una especie de rayos o de ondas. Asimismo, en “Experimento de De Rochas” (1897), publicada tanto en *Constancia* como en la teosófica *Philadelphia*, se describen los experimentos de este referente del ocultismo con el desdoblamiento del cuerpo astral; y se reseña el empleo de un termómetro para verificar las alteraciones de temperatura de la médium, al igual que en el relato “Nelly”. En otro ensayo, firmado por el mismo De Rochas (1898), en el cual da instrucciones para corroborar científicamente la presencia de entidades espirituales o fuerzas psíquicas en las sesiones, expone cómo ha utilizado una balanza para medir el traspaso de materia de un cuerpo hacia otro, es decir, emplea otro instrumento de medición, como en los ensayos científicos tradicionales. En resumen, aquello que en un principio resalta de la lectura de “Nelly” como una singular ocurrencia del autor (“histerismo telepático”, colocación de un termómetro a un fantasma), se revela, en cambio, gracias al cotejo con notas de diarios y revistas, en una reelaboración de elementos preexistentes, en una inclusión, dentro de lo fantástico, de las aristas más asombrosas del mundo real.

“Nelly” fue reseñado por Leopoldo Lugones desde las páginas de *El Tiempo*, y no casualmente su elogioso artículo comenzaba de la siguiente manera:

Fundada en un caso de telepatía, esta novela tiene para un reducido grupo de afiliados a los misterios teosóficos y espiritistas, un valor real: la atención manifiesta con que los hombres de ciencia comienzan a preocuparse de los fenómenos cuyo origen moderno es la mesa parlante, preocupación seria, aunque condimentada por la indispensable pizca de ironía que el materialismo ortodoxo no puede librarse de arrojar sobre los más graves problemas planteados por la Ciencia Esotérica. (*ET*, 18/9/1898)

Miembro de la Sociedad Teosófica y asiduo colaborador de su primera y principal revista del período, *Philadelphia* (1898-1902), Lugones rescata en Holmberg el tratamiento del tema telepático, desde una perspectiva, empero, opuesta a la de aquel:

si Holmberg es el naturalista de profesión que se reserva para la literatura su interés por los temas ocultistas (en lo que no cree), Lugones considera “ciencia” a la teosofía y valora tanto la carga de verdad como de belleza de las cuestiones del espíritu.

Por su parte, la *nouvelle* “La casa endiablada” (1896) recupera el tema de las casas habitadas por espíritus, tema que si bien data de mucho antes del siglo XIX, adquiere a partir de este período un tratamiento diferente por parte del periodismo: desde el último tercio del siglo, los diarios de varias ciudades europeas, norteamericanas y más tarde argentinas, comenzaron a reseñar la investigación –tanto policial como espiritista- de esos fenómenos, y la búsqueda ya sea del fraude como del fenómeno empírico, plausible de ser sometido a estudio científico. Este tema, así trabajado, abarca varias décadas: en 1884, ya aparece en *El Fígaro*, “Casa con fantasmas” (15 de julio), un caso muy similar al de “La casa endiablada” de Holmberg. A esta nota le siguen muchas otras, entre ellas “Casas extrañas” de *Constancia* (10 de enero de 1897), “Una aparición y una casa espiritada” de *Constancia* (31 de marzo de 1901), “Informe de Lombroso sobre casas encantadas” de *La Nación* (20 de julio de 1906), esta última referida a la filiación de Lombroso al espiritismo y su interés por las apariciones. Incluso, en 1908 se publica en *Constancia* una noticia llamativamente similar a la propuesta de Holmberg, en su cruce entre el policial y el fantástico: se dice allí que la policía de Alemania si sirve de los trípodes espiritistas para resolver casos de homicidio, tal como ideó Holmberg una década antes (*Constancia*, 19/1/1908).

Atento a esta creciente adhesión al espiritismo de ciertos habitantes de Buenos Aires, y a este renovado enfoque de aspiraciones científicas sobre el fenómeno de la casa con fantasmas, “La casa endiablada” logró como pocos hacer coincidir lo fantástico con su realidad histórica. El suceso anormal sobre el que se monta la narración aparece estratégicamente reforzado por una gran cantidad de datos del contexto socio-cultural, desde la abundancia de nombres de científicos y ocultistas, la inclusión de la Sociedad Constancia y sus miembros dentro de la trama, hasta la reproducción de notas atribuidas a periódicos porteños reconocibles.

La relación de la prensa con este relato es ciertamente masiva: hay capítulos que “quedan a cargo” de un recorte de prensa que narra los sucesos; hay interpelaciones directas al rol de la prensa en la Buenos Aires contemporánea; y asimismo, se incorporan tópicos de la divulgación científica y ocultista tal como son presentados en la “noticia”, esto es, recuperando las instancias de la investigación del caso policial en clave espiritista, como el interrogatorio del muerto (la víctima) a través de los médiums, el desciframiento de los ruidos, etc. La reelaboración humorística de Holmberg llega

cuando, en lugar del médium, es un simple loro quien “es hablado” por otro, esto es, el criminal, su antiguo dueño.

Antes de revisar los cuentos de Lugones, diré por último, respecto de Holmberg, que su literatura fue un ámbito de prueba para la eficacia narrativa de ciertas consecuencias impensadas de la cultura científica de su tiempo. Holmberg nunca evaluó con seriedad científica ninguna de las propuestas espiritistas o paranormales, pero sí las incorporó parcialmente en sus cuentos, dado que su lenguaje e imágenes canalizaban con éxito el efecto maravilloso de la secularización del conocimiento.

### **Leopoldo Lugones: fantasías teosóficas**

Lugones dio a conocer buena parte de los relatos que escribió entre 1897 y 1908 en medios de prensa; y muchos de ellos, que recuperan temas científico-ocultistas, también presentan notables similitudes con artículos de divulgación. Es el caso de “El Psychon” (*Tribuna*, 31/01/1898), cuyos motivos coinciden con el ya citado artículo sobre los experimentos de De Rochas. En ambos, el cuerpo astral es descrito con una zona roja, que representaba la sensibilidad, y una azul, que representaba el deseo; y el pensamiento también adquiere densidad de cuerpo material. De hecho, en el relato de Lugones, De Rochas es mencionado como uno de los científicos que, junto con William Crookes, representaba la misma tendencia del personaje ficcional, el “Doctor Paulin”.<sup>4</sup>

Asimismo, su relato “La fuerza Omega” (*El Diario*, 1º de enero de 1906) retoma proposiciones prácticamente idénticas a las que aparecen en artículos de la revista teosófica *Philadelphia*, como “El electroide o fluido universal” (*Philadelphia*, 7/9/1898), donde el Dr. Lux da cuenta del asombroso descubrimiento de un científico polaco sobre una nueva “radiación” extremadamente más poderosa que todas las conocidas, proveniente del sol. El artículo afirma que sólo este científico sabe cómo manejar esa “fuerza” y que su secreto aún no fue revelado; en línea similar, del protagonista de “El Psychon” se dice que es el único que sabe manejar el aparato, productor de una fuerza descomunal, que termina por asesinarlo. Llamativamente, ese relato comienza con la advertencia: “Anda por ahí a flor de tierra más de una fuerza tremenda cuyo descubrimiento se aproxima” (Lugones, 1996: p. 98), sentencia que coincide con el artículo “Fuerza y materia”, de Lemaitre (*Philadelphia*, 7/10/1898), en el que se anuncia el inminente descubrimiento de un “cuarto estado” de la materia, especie de materia-fuerza, por cuyo poder descomunal “rocas enteras serían reducidas a

---

<sup>4</sup> También en “Hipótesis” de De Rochas (*Constancia*, 6 de marzo de 1898) y “Los rayos Röntgen y el ocultismo”, de Karl du Prel (*Constancia*, 23 de agosto de 1896) aparecen ideas muy similares a las del relato “El Psychon”.

su principio primero en algunos minutos” y “en algunas horas enormes montañas serían horadadas sin que quedase ni huellas de los escombros.”

Ambos relatos de Lugones trabajan sobre la idea de la superioridad de las fuerzas ocultas por sobre los conocimientos científicos y las habilidades metodológicas de los hombres. No hay castigo para los hombres de ciencia que se embarcan en el conocimiento del mundo, sino, por el contrario, énfasis en la inconmensurabilidad de las fuerzas del espíritu, indomables por la materia. Es idea, que rige también otros cuentos, aparece esbozada en muchos artículos de *Philadelphia*. A propósito de las limitaciones de los paradigmas “materialistas” (positivistas) para definir un objeto de estudio y aun, lo “cognoscible”, un teósofo italiano advertía: “Se deduce de lo expuesto que los presentes hechos científicos pueden trocarse en una gran peligro, quizás también en una desventura para la humanidad, si no están iluminados por los hechos teosóficos.” (*Philadelphia*, 7/7/1899). Algo de esa desventura retrata Lugones en sus relatos con final fatídico; no casualmente, los experimentadores puramente ocultistas, emancipados de toda formación positivista, son los que nunca mueren, como el jardinero “baudelaireano” de “Viola Acherontia” (*Tribuna*, 31/1/1899).

A propósito de ese relato, hay que señalar que el tema del sufrimiento de las plantas también reaparece en la revista de los teósofos, analizado por el Dr. Andes en su “Crónica científica” (*Constancia*, 13/3/1898) desde una clara perspectiva animista y humanizadora de toda forma de vida, idea con la que comulga Lugones, y no sólo en sus textos ficcionales (Quereilhac, 2008).

En línea similar, encontramos otra coincidencia con una crónica firmada por Emilio Becher (en esos años, secretario de redacción de la revista espiritista *Constancia*), en la que relata el caso de un condenado a muerte que siente en su pecho los balazos que aún no recibió y que ya no recibirá (porque fue absuelto), pero cuyo alto poder de sugestión hace vivir como reales hechos solo concebidos psíquicamente (*Constancia*, 9/2/1902). Lugones retomará un tema ciertamente análogo en su relato “El hombre muerto” (*CyC*, nº 458), en el cual un intenso fenómeno de sugestión crea la realidad, es decir, detiene la muerte de un hombre que no se *crea* muerto. Se trata de una mecánica muy cara a Lugones: es la idea, es el espíritu, el origen de lo material, de lo visible, y no a la inversa. Se ve así cómo el animismo idealista de Lugones está presente aún en sus relatos más anecdóticos.

Por otra parte, existen notables confluencias entre el periodismo y sus relatos en torno de las representaciones de la locura. Cuando Quiroga incorporó a Lugones como un personaje (homónimo) en su relato “Los perseguidos” (1908), personaje que gustaba tanto de conversar sobre locos como de pasear por manicomios junto a su amigo

ficcional “Quiroga”, estaba ciertamente revelando una de las fuentes las ficciones fantásticas de ambos. Si bien la forma de representar la locura es diferente en cada caso, y ocupa jerarquías diferentes en cada universo ficcional, ambos autores detectaron la operatividad fantástica de la figura del loco si se lo colocaba a medio camino entre el discurso médico y otro discurso exógeno que tendiera a extrañar, sobrenaturalizar o animalizar el estado de demencia. En sintonía con crónicas como “El asilo de las Mercedes y la colonia de alienados” (CyC, n° 33), en la cual el repórter narraba su visita al manicomio, y su conversación con médicos y pacientes, acompañado por el fotógrafo, Lugones publica al menos dos relatos que reproducen igual situación de enunciación: “El descubrimiento de la circunferencia” (CyC, n° 436) y “El definitivo” (CyC, n° 450).

En ambos, el narrador es un sujeto que visita el manicomio y que, en principio, es empático con la mirada de los médicos; comparte, con ellos, el consenso sobre que se está ante hombres que han perdido la razón. Pero a medida que el relato da a conocer las causas de la locura de los personajes –en el caso de “El descubrimiento...”, una manía geométrica sobre la circunferencia; en el caso de “El Definitivo”, una manía sobre la totalidad-, el punto de vista parece recorrer una cinta de Moebius hasta terminar del otro lado. Así, el punto de partida de la enunciación del caso fantástico aparenta adscribir a cierto registro de la psicopatología, pero esta inicial adscripción va perdiendo fuerza con el desarrollo de los acontecimientos, y el efecto resultante es que el término “locura” se resemantiza. Lo que los médicos llamaban locura era, visto desde otra matriz, el encuentro del individuo con el todo, una experiencia trascendente, de revelación.

El relato trabaja sobre la brecha que se abre dentro de un término médico, y hace de esa brecha el lugar donde introducir un saber irreductible a la lógica científica. Con todo, el marco, el tópico, la situación inicial de enunciación presenta notables coincidencias con las crónicas periodísticas, y es allí donde el relato afianza buena parte de su verosimilitud, de su “efecto de realidad”. Las ilustraciones que acompañaron los relatos lograron, empero, efectos diferentes: mientras en el “El Definitivo”, Zavattaro optó por retratar el momento en que los visitantes dialogan con el loco, sin agregar demasiado a lo que ya informa el texto, Cao fijó su atención en la figura de Clinio Malabar, el loco en cuestión, y lo retrató como un ánima, con alas de ángel y con serpientes similares a las del emblema teosófico, y rodeado por su mística circunferencia; en este caso, la ilustración refuerza la idea de que el loco es, en realidad, un iluminado y que efectivamente ha podido regresar de la muerte.

Finalmente, otra zona de la divulgación científica que también recupera Lugones en sus relatos es la de los poderes de los “sensitivos”, esto es, aquellas personas que, en

la época, eran consideradas poseedoras de sentidos más desarrollados, capaces de percibir otras dimensiones del espacio y del tiempo. “Sensitivos” eran los médiums, pero no sólo ellos; las revistas teosóficas y espiritistas, así como las destinadas al público en general, solían informar casos de niños prodigio que alcanzaban la clarividencia, mujeres que percibían la inminencia de la muerte, etc. Entre esas notas, se destaca “Un misterio psicológico insondable” (CyC, nº 124), publicado en 1901, sobre “la inválida más notable del mundo”. Se trata del caso de una niña ciega y paralítica que podía predecir el futuro, describir ciudades que jamás había conocido, leer el pensamiento de sus visitantes, entre otras proezas. “Solo su mente vive”, se decía de esta niña, y la formulación recuerda al cuento “Hipalia”, de Lugones, publicado en ese mismo semanario en 1907 (CyC, nº 454). Porque Hipalia es una niña huérfana y abandonada, que tras ser adoptada por un filántropo, gasta sus días contemplándose en una pared blanca, hasta enloquecer y morir. Pero lo que en realidad logra Hipalia es impregnar no sólo su imagen sino su doble astral en esa pared —en ese cosmos blanco— para pasar a ser una presencia eterna. La mente de Hipalia es la que impregna esa pared y concreta la trasmigración. Lo curioso es que, a la manera de los artículos de divulgación, se hace necesario ofrecer aquí una “prueba” de la veracidad del fenómeno, algo que aleje la anécdota del fantástico puro: he ahí cuando reaparece la herramienta estelar de la fantasía científica, el termómetro, para verificar que, efectivamente, la pared estaba tibia y su temperatura era humana: “Toqué diversas veces el retrato — llamémosle así — y los puntos circunstantes del muro. No cabía duda. La tibieza era una realidad. Un prosaico termómetro completó hace poco nuestra certidumbre, pues el viejo pariente ha querido ver también.” Prosaico o no, el aparato está allí para reenviar la ficción al mundo real de los lectores, para estrechar lo más posible el universo narrado y el del lector.

Cabe decir, también, respecto de “Hipalia”, que recupera un motivo tradicional del relato fantástico: el de la vida de los retratos. Desde el clásico “El retrato oval” de Edgar Allan Poe, muchos autores han trabajado sobre la idea de la fuerza vital de las imágenes (Rabkin y Scholes, 1982), del pasaje entre la representación de la cosa a la trasmigración de la cosa misma hacia la bi-dimensionalidad, y en todos esos casos, lo que estructura el sentimiento de lo fantástico es la fantasmagoría que carga todo arte que duplique el mundo. La innovación, empero, está aquí en el momento de la corroboración del fenómeno, en el momento en que el “prosaico termómetro” irrumpe en la trama, y esta observación vale para todo el corpus revisado en este trabajo. Porque si, por un lado, todos estos relatos están dialogando con la tradición del relato fantástico moderno, esto es, del siglo XIX, también es cierto que introducen tanto un elemento



referencial del “aquí y ahora” de los lectores como una instancia de verificación racional del fenómeno (termómetros, balanzas, testigos, bibliografía, nombre propios, etc.) que no pertenecen necesariamente a las formas tradicionales del fantástico, siempre más inclinado a los efectos de vacilación y/o indeterminación. En todos estos relatos existe la preocupación por transmitir el empirismo de lo narrado y veo allí la marca de su historicidad: en ese rasgo reside tanto la presencia de un imaginario social, como las superposiciones con el discurso del periodismo, esto es, de lo actual, de lo que debe presentarse “veraz”, y no sólo “verosímil”.

A modo de cierre, es posible concluir que del cotejo de estos nudos imaginarios comunes, de estos núcleos narrativos y proyectivos –tanto artículos como cuentos *narran* casos, a la vez que *extrapolan hipótesis* científicas-, surge una imagen de lo científico alejada de las construcciones puramente positivistas: una idea de lo científico vulgarizada, ficcionalizada, pero no por ello menos expresiva de todo aquello que el desarrollo de las ciencias produjo en la sociedad de la época.

### Bibliografía

- Barcia, Pedro Luis (1982), “Estudio Preliminar “Los cuentos desconocidos de Leopoldo Lugones”, en Lugones, Leopoldo, *Cuentos Desconocidos*, Buenos Aires: Ediciones del 80, pp. 7-52.
- Barcia, Pedro Luis (1998), “Estudio preliminar” a Lugones, Leopoldo, *El espejo negro y otros cuentos*, Buenos Aires: Huemul.
- Becher, Emilio (1902), “Un caso interesante. El soldado Sosa”, *Constancia*, Buenos Aires, 9 de febrero.
- Capanna, Pablo (2010), “Los Rayos N”, *Inspiraciones. Historias secretas de la ciencia*, Buenos Aires: Paidós.
- De Rochas, Albert (1898), "Hipótesis", *Constancia*, Buenos Aires, 6 de marzo.
- Dr. Lux (1898), “El electroide o fluido universal”, *Philadelphia*, Buenos Aires, 7 de septiembre. Du Prel, Karl (1896), “Los rayos Röntgen y el ocultismo”, *Constancia*, Buenos Aires, 23 de agosto.
- García Ramos, Arturo (1996), “Introducción” a Leopoldo Lugones, *Las fuerzas extrañas*, Madrid: Cátedra.
- Holmberg, Eduardo L. (1896), “Nelly”, *La Prensa* (folletín), entre el 27 de enero y el 6 de febrero. Incluida en *Cuentos fantásticos* (1994).
- Holmberg, Eduardo L. (1994) [1960], *Cuentos Fantásticos*, Buenos Aires, Edicial. Estudio Preliminar de Pagés Larraya, Antonio.
- Jameson, Frederic (1989) [1979], “Narraciones mágicas. Sobre el uso dialéctico de la crítica de los géneros”, en *Documentos de cultura, documentos de barbarie, La narrativa como acto socialmente simbólico*, Madrid: Visor.
- Lemaitre (1898), “Fuerza y materia”, *Philadelphia*, Buenos Aires, 7 de octubre.
- Lugones, Leopoldo (1898), “El Psychon”, *Tribuna*, Buenos Aires, el 31 de enero.
- Lugones, Leopoldo (1898), “La licanthropia” (luego “Un fenómeno inexplicable” en libro), *Philadelphia*, 7 de septiembre.
- Lugones, Leopoldo (1898), “Nelly, de E. L. Holmberg”, *El Tiempo*, Buenos Aires, 18 de septiembre.

- Lugones, Leopoldo (1899), "Acherontia Antropos" en *Tribuna*, Buenos Aires, 31 de enero.
- Lugones, Leopoldo (1906), "La fuerza Omega", *El Diario*, Buenos Aires, 1 de enero.
- Lugones, Leopoldo (1907), "El Definitivo", *Caras y Caretas*, n° 450, 18 de mayo.
- Lugones, Leopoldo (1907), "El descubrimiento de la circunferencia", *Caras y Caretas*, n° 436, 9 de febrero.
- Lugones, Leopoldo (1907), "El hombre muerto", *Caras y Caretas*, n° 458, 13 de julio.
- Lugones, Leopoldo (1907), "Hipalia", *Caras y Caretas*, n° 454, 15 de junio.
- Lugones, Leopoldo (1907), "La idea de la muerte", *Caras y Caretas*, n° 463, 17 de agosto.
- Lugones, Leopoldo (1996) [1906; 1926], *Las fuerzas extrañas*, Madrid, Cátedra. Edición a cargo de Arturo García Ramos.
- Marquez, A. (1899), "Corroboraciones científicas de la teosofía", *Philadelphia*, Buenos Aires, 7 de julio.
- Marún, Gioconda (2002), *Eduardo L. Holmberg. Cuarenta y tres años de obras manuscritas e inéditas (1872-1915)*, Madrid: Iberoamericana.
- Quereilhac, Soledad (2008), "El intelectual teósofo: Leopoldo Lugones en *Philadelphia* (1898-1902)". *Prismas. Revista de historia intelectual*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, N° 12, pp. 67-86.
- Quiroga, Horacio (1906), "Mi cuarta septicemia. (Memorias de un estreptococo)", *Caras y Caretas*, n° 398, 19 de mayo.
- Quiroga, Horacio (1907), "El almohadón de plumas", *Caras y Caretas*, n° 458, 13 de julio.
- Quiroga, Horacio (1907), "El mono ahorcado", *Caras y Caretas*, n° 472, 19 de octubre.
- Quiroga, Horacio (1907), "La ausencia de Mercedes", *Caras y Caretas*, N° 477, 23 de noviembre.
- Quiroga, Horacio (1910), "El retrato", *Caras y Caretas*, n° 639, 31 de diciembre.
- Quiroga, Horacio (1993), *Todos los cuentos*, Madrid, ALLCA XX - Unesco - Fondo de Cultura Económica. Edición de Lafforgue, Jorge y Baccino Ponce de León, Napoleón.
- Quiroga, Horacio (1994), "El mono que asesinó", en *Novelas Completas*, Buenos Aires, Rafael Cerdeño Editor. Publicado originalmente en formato de folletín: S. Frago Lima (1909), "El mono que asesinó", *Caras y Caretas*, Buenos Aires, año XI, Nros. 552, 553-554, 555, 556, 557, 1, 15, 25, 29 de mayo y 5 de junio.
- Quiroga, Horacio (2007), Carta a Maitland, 7 de mayo de 1907, *Diario y Correspondencia. Obras V*, Buenos Aires: Losada, pp. 149-150
- Rebaudi, Ovidio (1906), "Manifestación a distancia del espíritu de los vivos", *Constancia*, Buenos Aires, 13 de mayo.
- S/F, (1897), "Médiums y espíritus. Los rayos catódicos", *La Nación*, Buenos Aires, 18 de octubre.
- S/F, (1897), "Experimento de De Rochas", *Constancia*, Buenos Aires, 12 de septiembre.
- S/F, (1899), "El asilo de las Mercedes y la colonia de alienados", *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n° 33, 20 de mayo.
- S/F, (1899), "El microbio de la fiebre amarilla. Lo aislaron en Buenos Aires", *Caras y Caretas*, N° 37, 17 de junio.
- S/F, (1900), "Otra víctima de la ciencia", *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n° 91, 30 de junio.
- S/F, (1900), "Un mono que está aprendiendo a hablar", *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n° 88, 9 de junio.
- S/F, (1901), "Un misterio psicológico insondable", *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n° 124, 16 de febrero.
- S/F, (1901), "Rayos Becquerel", *La Nación*, Buenos Aires, 9 de octubre.

- S/F, (1901), "Una comprobación de la teoría de Darwin. Monos que parecen personas, y personas que parecen monos", *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n° 145, 13 de julio.
- S/F, (1903), "Un chimpancé gentleman", *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n° 267, 14 de noviembre.
- S/F, (1904), "Rayos N", *Constancia*, Buenos Aires, 13 de marzo.
- S/F, (1904), "Los rayos N", *Constancia*, Buenos Aires, 5 de junio.
- S/F, (1906), "Hechos telepáticos", *Constancia*, Buenos Aires, 2 de septiembre.
- S/F, (1906), "Rayos N" (de *Annales des Sciences Psychiques*), *La Verdad*, Buenos Aires, 1 de abril.
- S/F, (1907), "La última maravilla científica. Los rayos n y n1", *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n° 469, 28 de septiembre.
- S/F, (1907), "El hombre mono, descubierto", *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n° 453, 8 de junio.
- S/F, (1908), "Un caso de doble personalidad", *Constancia*, Buenos Aires, 13 de diciembre.
- S/F, (1908), "Policía y mesas parlantes", *Constancia*, Buenos Aires, 19 de enero.
- Scholes, Robert y Rabkin, Eric (1982), *La ciencia ficción. Historia, ciencia, perspectiva*, Madrid, Taurus.
- Veiravé, Alfredo (1966), "Un caso raro", *La Prensa*, Buenos Aires, 18 de septiembre.
- Veiravé, Alfredo (1976), "El almohadón de plumas. Lo ficticio y lo real", en Ángel Flores (comp.) *Aproximaciones a Horacio Quiroga*, Caracas: Monte Ávila.
- Williams, Raymod (1997) [1977], *Marxismo y literatura*, Barcelona: Península.
- Williams, Raymond (1993) [1961], *La larga revolución*, Buenos Aires: Nueva Visión.